

hondura del mensaje, cualidades éstas difíciles de conjugar en un solo poeta, y que le aseguran, sin duda, un puesto en la poesía venezolana contemporánea.

Mariano Nava C.

Rafael Castillo Zapata.

Fenomenología del bolero.

Caracas: Monte Avila Latinoamericana, 1990, 153 p.

El discurso de **Fenomenología del bolero** recoge cinco figuras: «Ese bolero es mío», «Di que me quieres», «Un alma que al mirarme», «Inolvidable», «Sin ti» y «Que seas feliz». Cada una indaga sobre esta macroestructura musical, vinculada a las experiencias. Pinta el amor tal como sucede, acudiendo para ello a la memoria y al recuerdo. Se trata de enunciar con veracidad la experiencia amorosa, pero indudablemente que, ésta siempre anda por lugares que escapan a la realidad, instaurándose la fantasía, la cual encierra un ritual que parte de la alucinada esperanza del enamorado hasta el despecho.

Dos son las bases que levantan y sostienen el texto: **Fragmentos de un discurso amoroso**, de R. Barthes y el bolero, cuyo propósito es descargar su testimonio en cuanto a lo que sucede en el amor organizado a través de las palabras y de las miradas. Estos últimos elementos conforman la investidura del enamorado. En las figuras se desarrolla una serie de instancias bolerísticas que involucran al sujeto que ama, al ser amado y al mundo que sufre y goza de acuerdo a la situación o al «instante» que se vive.

Inicialmente el enamorado se apropia del bolero, identificándose con él; bajo una realidad particular que luego se universaliza. A través de su discurso musical, narra su propia historia, similar a la del otro; ambos se retratan en el espejo de la canción, solidarios internamente tanto en la conquista como en el despecho. Por tanto, en la experiencia amorosa cabalgan los diversos contenidos del bolero, con historias semejantes y cercanas a la realidad del sujeto sujetado al amor».

La palabra opera en la dialéctica de confesión y confusión, declaración y ocultamiento. El enamorado necesita la materialización de un significante que remita a una valoración significativa. A su vez, ella se presenta como deseo de emisión; se haya en dificultades cuando el otro exige su manifestación o declaración. De allí el temor a no expresar lo suficiente por el sentimiento que adquiere un carácter divino y colosal:

«Adorarte para mi fue religión»

«Un alma que al mirarme» contiene una serie de instancias por las cuales se avanza en el rito que implica el proceso amoroso. Reconocerse en la mirada del otro; su ausencia es pesadumbre. Los ojos son el equivalente al agua fresca y pura en la que se mira, prendida en un hechizo como fuego vivo en el enamorado, temiendo por otras miradas amenazantes de envidia y persecución. No quiere el extravío, pues sería la pérdida del otro y por consiguiente la de sí mismo. «Inolvidable» es el amor marcado en los labios, no permite la desvalorización del ser amado que permanece. ¿Dónde? En el altar, esperando adoración. Acude a expresiones adverbiales de retorno:

«Vuélveme a querer como antes me querías»

Brota en el hablante del bolero, el recuerdo como posibilidad de volver, pero si esto no ocurre, canta «Sin ti», el dolor por la ausencia del otro, ya al enamorado no le importa vivir, pues carece de su complemento, de la mitad del sello de su corazón. Está en el desamparo y prefiere perderlo todo: su empresa se ha arruinado. El mundo es gris, semejante a su estado de ánimo.

Finalmente, enuncia su último deseo: «Que seas feliz», la fatalidad se ha desatado, espera como última posibilidad, ese lugar infinito donde reencontrarse: «Espérame en el cielo», se plantea el amor cristiano, la entrega a vivir resignado, pone la esperanza en el más allá.

«Que seas feliz» conforma la expresión desencadenante de ironías hacia el amado, pero su golpe hiere al enamorado. Devaluar al otro, bajarlo del pedestal es igualmente la caída propia y lenta: desmoronándose en su idealización.

Dilcia Fernández